

ARIEL

Quincenario antológico de Letras,
Artes, Ciencias y Misceláneas

Director: FROYLAN TURCIOS
Apartado 1622 Teléfono 2138

SERIE V

San José de Costa Rica, América Central, 15 de marzo de 1938

NÚMERO 14

SUMARIO:

I. Cristo. *Schelling, Merejkowsky*.—II. La ciudad mejor organizada. *Plutarco*.—III. Eternidad de la Naturaleza. *Merejkowsky*.—IV. Un rey terrible.—V. El hijo. *Fernández Moreno*.—VI. Gorgonas.—VII. Luz y sombras. *V. Mejía Colindres*.—VIII. El poeta que acaba de morir. *Crosmán Rivas*.—IX. Oración. *Tomás Morales*.—X. Alma de mujer. Emociones estéticas. De Roma a la Palestina. Un viaje cómico-dramático. Cuatro palabras audaces ponen fin a una fiesta palaciega. *Froylán Turcios*.—XI. Amor exótico. *Lucila Gamero de Medina*.—XII. Pascua criolla en 5 hai-kais.—XIII. En cualquier parte. *José Salomón Osorio*.—XIV. Melusina.—XV. La muerte de Murguer.—XVI. El sueño de Ibrahim. *Héctor Pedro Blomberg*.—XVII. Telegrama histórico.—XVIII. Testigo de su propio entierro.—XIX. Goethe y Espinoza. *Enrique Espinoza*.—XX. Máximo Gómez e Honduras.—XXI. La imaginación popular. *Gustavo Le Bon*.—XXII. La atmósfera.—XXIII. Recordando a Max Linder.—XXIV. Notas centroamericanas.—XXV. S

ción para los niños costarricenses. I madre y el hijo adriático. El león y la zorra. *Esopo*.—XXVI. Miscelánea interesante.—XXVII. Evocando a Mala-Hari.—XXVIII. Impresiones de Yanquilandia. *Oscar Wilde*.—XXIX. A. *Aquileo J. Echeverría*.—XXX. Vocabulario filosófico. *Edmond Goblot*.—XXXI. Un magnífico calendario. *Alfredo Antiguiedad*.—XXXII. El miedo.—XXXIII. Es terrible saber de todo. *André Maurois*.—XXXIV. El Padre Nuestro. *Timoteo Miralda*.—XXXV. Peso ancestral. *Alfonsina Storni*.—XXXVI.—El tonto. *Arturo García Caraffa*.—XXXVII. Juicios. *Maria Bashkirseff*.—XXXVIII. Meditaciones.—XXXIX. Los dos Michaux.—XL. Nombres mitológicos.—XLI. Lo que es un mariscal.—XLII.—Bazaine.—XLIII. Sin preparación.—XLIV. Recordando a Lafcadio Hearn. *Nobashige Amenomari*.—XLV. Palabras de Montalvo en su lecho de muerte.—XLVI. El Arcópago. *Pablo Lafargue*.—XLVII. Notas.—XLVIII. Agentes de *Ariel* en Honduras.

CRISTO

—La Historia Universal es un eón cuyo contenido eterno, comienzo y fin, causa y objeto, son el Cristo.—*Schelling*.

—La Historia Universal es el espacio geométrico en que el cuerpo del Cristo se construye.—*Merejkowsky*.

—Los sabios ateos de nuestros días encaminan todos sus esfuerzos a suprimir la personalidad histórica de Cristo. Pero suprimirla es tanto como aniquilar toda la Historia, va que ésta se encuentra íntegramente en El. —*Merejkowsky*.

LA CIUDAD MEJOR ORGANIZADA

Al preguntársele un día a Solón cuál sería la ciudad mejor organizada, respondió:

—Aquella en que todos los ciudadanos sientan la injuria inferida a uno de ellos, y persigan la reparación con tanto interés como el que la hubiere recibido.

Plutarco.

ETERNIDAD DE LA NATURALEZA

Todos los años, en el mismo día, las aguas del Nilo empiezan a crecer, salen poco a poco de sus riberas, inundando los campos abrasados por la sequedad del estío, engendrando vida en la muerte. Y en el mismo día empiezan a decrecer, vuelven a su lecho, hasta el nuevo desbordamiento del año siguiente. Estas crecidas y descensos son regulares, lentos y tranquilos como la respiración de un niño que duerme.

El espíritu de los egipcios ha recibido la huella de esa calma y de esa eternidad de la naturaleza.

Merejkowsky

UN REY TERRIBLE

El rey Federico Guillermo de Prusia iba a pasearse por la ciudad. Todo el mundo huía a escape. Si se encontraba a una mujer, le preguntaba por qué perdía el tiempo en la calle.

—Márchate a tu casa, pecora. La mujer honrada se debe a su hogar.

Y acompañaba esta admonición con un buen cachete o con un puntapié en el vientre, o con unos bastonazos.

EL HIJO

Alzo en la noche tu rollizo cuerpo,
altos mis brazos sobre mi cabeza.
Rosada fruta es tu dorada carne,
mis manos se abren como dos bandejas.

Y coronado de tu gracia pura,
los pies hundidos en la fresca hierba,
saliente el pecho en el ligero esfuerzo
os lo presento, atónitas estrellas.

Fernández Moreno.

GORGONAS

En la Mitología griega, tres monstruos femeninos, llamados *Steno*, *Eurialo* y *Medusa*— que vivían en Libia. En sus cabezas tenían serpientes en vez de cabellos, y poseían la facultad de convertir en piedras a los que las miraban. *Medusa*, la única que era mortal, fué muerta por Perseo.

LUZ Y SOMBRAS

Era el Jueves Santo. Las lámparas encendidas inundaban de luz las amplias naves, y un torrente de armonía, como emergido de un nido de alondras, se elevaba de los tubos metálicos del órgano. Hombres y damas, ricamente vestidos, arrodillados sobre cojines de terciopelo, asistían a los oficios.

Un mendigo penetró al templo.

Iba a mostrar a Dios su corazón ensangrentado.

En algún tiempo, aquella cabeza, ahora inclinada como si buscara el descanso de la tumba, se irguió sobre su cuerpo como la llama de una antorcha, coronada por los laureles del triunfo. Era entonces la cabeza soñadora y fecunda de un poeta, que decía a las mujeres estrofas en que vibraba la nota dulce y argentina del madrigal; a los hombres y a los pueblos, estrofas en que vibraba la nota grave del bordón de acero, y a los tiranos, estrofas en que se oían vuelos de águila y aletazos de tormenta.

Y ahora, cuando iba cayendo bajo el fardo de la vida, se acercaba a pedir misericordia al Nazareno. Sus harapos contrastaban, por modo lastimoso, con los magníficos trajes de los asistentes. Alguien, un hombre dorado y vacío, se encargó de subrayar en forma elocuente aquel minuto:

—¿Miserable, qué haces aquí?—le dijo

con acento sordo.

—¡Vengo a hablar con El!—le contestó el desenturado, arrodillándose frente al Gran Mártir.

La real ironía de la vida, que en aquella ocasión parecía, intencionalmente, alumbrada a giorno, vertía lágrimas y chorreaba sangre. Y esto en la Casa de Dios, que es, también, con derecho indiscutible, la del que no tiene casa; la del que lleva dolores en el alma, la del que reclama justicia, la del que pide luz.

No recordaba oración alguna. Abandonado en la calle cuando niño, ignoraba las que se repiten, desde la cuna, al calor del hogar.

Las madres que no tienen un mendrugo de pan que morder, dejan sus entrañas rotas en la vía pública. Y aquella entraña, caída en el arroyo, por una dolorosa antítesis que los espíritus superficiales no comprenden, traía consigo una lira para ir cantando por el mundo las voces eternas de la vida y los acentos misteriosos de la tumba.

—¡Padre... no sé como decírtelo, porque, a diferencia de otros hombres, nací huérfano! exclamó, llevándose la mano al corazón.

Habló a Dios en nombre de todos los humildes, de todos los perseguidos, de todos los proscritos, de todos los desnudos y hambrientos que van cayendo sin que un solo eco del abismo anuncie su caída; de los que convierten en pródigo el campo yermo, regándolo con sudor y con lágrimas; de los que arrancan oro a las entrañas tenebrosas de la tierra y perlas al fondo sombrío de los mares para aumentar el poder de los magnates, y mármol a las canteras para construirles sus palacios; de los que dan su sangre heroica para ampliar el dominio de los piratas que roban, a pueblos indefensos, en guerras infames, la tierra en que éstos vivieron tranquilos por milenios.

—¡La guerra, ah, la guerra,—dijo estremeándose.

Y aquella alma atormentada hizo explosión.

—El hermano asesinando al hermano—exclamó, llevándose la mano al corazón.

de llamas: la fiera que despierta de improviso, sedienta de sangre, bebiéndola como vino generoso hasta embriagarse, como si las voces salvajes que escuchara, sacudieran instintos ancestrales dormidos; eso es la guerra. He allí un hombre que constituye altísimo exponente de la civilización, según el público concepto, afirmando con serenidad olímpica, por la pren-

sa, en la cátedra o en la tribuna, que la ferocidad del habitante de las cavernas, que comía carne humana, se ha extinguido de manera definitiva; he allí a ese hombre marchando a la guerra. Ya está en la cabina de una aeronave militar, descargando bombas malditas, o en un destroyer haciendo funcionar máquinas que riegan la muerte, o asaltando un redúcto, con un puñal entre los dientes y la bayoneta en el riñón de los vencidos; ya está allí, sintiendo removerse dentro de él a su antepasado cavernario, cuya descendencia moral negó pocos días antes. Ha pasado el combate; ha escuchado las aclamaciones delirantes de la multitud que victorea a los triunfadores; ha sentido sobre su rostro bronceado por el sol miradas de fuego de mujeres hermosas y miradas de envidia de hombres que no pudieron combatir; ostenta sobre el pecho, como una estrella arrancada al espacio, brillante condecoración. I sin embargo, cuando se retira, reclamando descanso, siente que en el fondo de su espíritu hay algo que llora de vergüenza; mira sus manos y piensa que son garras; pretende dormir para olvidar, y, cuando después de larguísimas horas de insomnio lo consigue, contempla en sueños a sus víctimas que le pidieron, de rodillas, compasión; a las viudas y a los huérfanos enlutados que le dicen sollozando: ¿por que asesinaste a nuestro esposo y a nuestro padre?; a las madres de cuyos labios brota, encendido, como el hierro de la fragua, un grito, imposible de traducir en el lenguaje humano; en el que ruge la tigre a quien robaron sus cachorros y llora el ángel sobre las cunas vacías, de donde volaron los niños rumbo al cielo; que rasga el espacio con el aullido del vuelo de las flechas y va a estremecer a los muertos en sus tumbas; que condensa los dolores más grandes de la vida en tal proporción que, quien una vez lo

escucha, jamás lo olvida, conservando algo así como el recuerdo trágico de una mujer que se arrancara, humeante todavía, un puñal del corazón; grito inconfundible y único, porque es el grito de una madre frente al cadáver ensangrentado de su hijo, que alguien recoge en lo Infinito.

Y de la boca del poeta corrió, amarga y encendida, la lava de un volcán.

Por una de esas rápidas mutaciones, aparentemente paradójicas pero efectivamente incontrovertibles, pensó, después, que aquella construcción siniestra amenazaba ruina; que el muro negro que cerraba el horizonte se estaba agrietando, descubriendo el arco-iris, présago de redención. El soñador tuvo la visión de un mundo nuevo: todos los pueblos unidos en una anficiónia universal; los hombres transformados en hermanos; la Ley imponiendo la Igualdad; la Libertad ejerciéndose dentro del Derecho, y el reinado del Derecho convertido en carne viva y palpitante; los campos ofreciendo lirios en vez de zarzas y Caín mostrando su corazón florecido de afectos en vez del puñal ensangrentado. Y sobre todo ésto, Dios oficiando para todos los hombres, bajo la techumbre azulada del firmamento.

El poeta, sintiendo que aquella agonía anunciaba el advenimiento de un sueño generoso, hizo volar sobre la lava una bandada de palomas blancas y un reguero de astros.

Aquel iluminado continuó recorriendo todo el pentagrama del dolor y la esperanza, en un himno en que el corazón oía sollozar las notas sublimes del Miserere; en el que clamaban los inmensos Profetas de la Biblia, cuando, sacudidos por la inspiración, tomaban la luz al rayo para iluminar conceptos y al huracán la voz para hacerse escuchar de todos los siglos; en el que se contemplaba, nimbado por las tintas rosadas de la aurora y saludado por la música de las aves del cielo, a Gabriel, anunciando el nuevo día, en un himno soberbio y multiforme, preñado de gemidos y relámpagos, por el que se veía el espíritu del poeta, ascendiendo glorioso, a las alturas.

Cuando terminó la oración levantó sus ojos cansados a la faz del Nazareno, que inclinado sobre él, con los brazos extendidos, parecía contemplarlo y escucharlo: Y así era, su mirada dulce le dijo, contestándole:

—¡Te he comprendido, hijo mío! Mañana estarás bien.

Más de ochocientos ejemplares de **Ariel** enviamos, cada quince días, a los mejores periódicos y revistas del mundo, a los grandes poetas y escritores y a las Universidades y Bibliotecas Nacionales de los países de Europa, América, Asia, Africa y Oceanía.

El pordiosero regresó al bohío. Sin hambre y sin pesares. Rico de alegría y de esperanza.

Por la noche se durmió tranquilo sobre su colchón de paja.

Y soñó que el pálido Rabí, vestido con túnica alba e impalpable, le decía con ternura: — ¡Ven conmigo!

En efecto, al siguiente día lo encontraron muerto.

El dulce cantor, largo tiempo enmudecido; había volado, con alas de luz... a cantar de nuevo en otro mundo.

V. Mejía Colindres.

San José de Costa Rica, febrero de 1938.

EL POETA QUE ACABA DE MORIR

Ha muerto Juan Cotto el poeta lírico de *La tierra prometida* y de otros poemas efímeros como las flores y bellos como las nubes. Su nombre retorna al agua y a la luz y su barro atormentado a la tierra en que sueñan las mariposas. Pasó por el Valle de México y en él pudo realizar su deseo, el de quedarse aquí dormido para siempre, al amparo de los dulces ángeles de la noche.

Fué jovial y frívolo como lo son las criaturas humildes, y fué generoso, bellanguero, insaciable para las golosinas, sensible como un chiquillo, incorregible enamorado de los fantasmas que a diario creaba su imaginación. Porque fué uno de los embaucadores más finos e inocentes que puede haber calentado el sol de América y a veces tenía miedo hasta de las lindas mentiras que esmaltaba su habilidad de duende.

— ¿Sabe usted— decía— que cuando mi padre era Embajador de El Salvador ante Alfonso XII, yo jugaba con el Príncipe de Asturias, y una vez, en el jardín del Palacio, mientras el Rey y el embajador charlaban, yo le di un bofetón a quien sería Alfonso XIII?

Y se quedaba así tranquilo, como las propias rosas, saltando sobre las cronologías dinásticas feliz aro de oro en largo mediodía tropical

Y de repente suspendía la charla, toda henchida de carcajadas sonoras para exclamar:

— Pero, ¡qué escándalo, qué escándalo! ¡Cuántas rosas hay en este jardín!

Juan Cotto era así. Todo un personaje de novela imposible, inventor de sí mismo millonario que viajaba en yates fabulosos ha-

cia islas inverosímiles. Gustaba de los círculos diplomáticos en que, a la hora estricta del protocolo, brilla por su ausencia el diamante del ingenio y sólo queda un gran fulgor de claveles en las solapas. Y en su maravilloso mundo de mitómano ardían los zafiros de la Novena Sinfonía que tanto gustaba de tararear, sentándose al piano como un diletante que lo único que pretendía era sentirse príncipe en el reino inefable de Beethoven.

— ¡Bolívar es un pigmeo junto a Beethoven! — exclamaba como sintiéndose en trance.

Había aprendido una receta para preparar estupendos ravioles, aquellos ravioles que, más de una vez, a la mesa del diplomático X saboreamos con vivo agradecimiento mientras Cotto regustaba el elogio del excelentísimo señor:

— Esta receta fué creada por un cardenal de la época de Inocencio III.

Tuvo además de la de los diplomáticos, la amistad de los mejores artistas y escritores de México. Y él, que había nacido para representar a su país ante el joven faraón o ante el marajah de las minas de diamantes; jamás pudo obtener que su Gobierno le diera un nido, un modesto nido siquiera, bajo el alero de alguna de esas legaciones que se inventan para dárselas a muchos que lo único que saben es anudarse bien la corbata y pedir a las señoras más té.

Todavía nos acordamos de aquella fausta ocasión, en 1921 cuando de su país vino a esta metrópoli un caballero silenciosísimo, a quien, por su seriedad infantil, llamaban allí *Cupido*. La venganza de Cotto fué genial ofrecióle un lunch del que hay fotografía, y le rodeó graciosamente de los personajes más disimulos, entre ellos un arzobispo, un general, un torero y don Ramón María del Valle-Inclán.

De repente se escapaba como las mariposas que se ausentan en el invierno, tan solo por la coquetería de regresar trayéndonos sus últimos poemas.

— Quiero verte, porque he escrito un maravilloso poema

I luego

— Ministro: Perdona usted, pero se me olvidaba... No puedo porque tengo que comer con el Embajador del Perú

Y colgaba la bocina del teléfono, entre un estrépito de carcajadas feliz de haber hecho una buena acción.

Fué uno de los personajes de aquella farándula que en el Palacio de la Nunciatura urdió Barba-Jacob para darle otro tema al au.

tor de *El hombre que parecía un caballo* y aparece varias veces en las páginas de *El asesino* de Vasconcelos.

Poco a poco se fué apagando su carcajada. Crudelesísima enfermedad le minó el cuerpo de niño gordo que bien pudo servir para anuncio del Wanpole. Añoraba su infancia en Suchiloto, tierra de la flor y del pájaro,—se gún las raíces aztecas—y contaba emocionado, cómo salió por vez primera de su pueblo para rodar tierras.

—Me subí a una palmera y vi a lo lejos los caminos. Y me pregunté: ¿Adónde iban esos caminos? Y me hui de mi casa y me eché a andar...

Ahora anda por otros, por los azules de los eternos ensueños. Y nos hará falta aquella risa anchurosa, de río con lavanderas, y ya no podremos olvidar a quien fué un poeta lírico para quien la poesía era una forma de la amistad. Ahora está, por fin, en su Tierra prometida.

Orosmán Rivas.

México, D. F. enero 1938.

ORACION

¡Rubén, arca del sacro pensamiento latino!
Tu índice iluminado nos señaló un camino,
mas era sólo tuya la inmaterial virtud.
Ritos y formas nuevas buscó tu poesía...
¡Maestro! Al fin hallaste la perfecta Armonía.
¡La última flauta lírica reposa en tu quietud!

Perdón si es que el poeta, loco o irreverente,
puso un pagano mito sobre tu helada frente
y vertió en vez de lágrimas, rocío, vino, miel.
Que, al exprimir la viña sabrosa de tus días,
vio cómo a los cipreses las rosas preferías,
y el funerario sauce los brotes del laurel.

Llore el ciprés al muerto, no al que es eterno y fuerte:
la pena de los dioses es no alcanzar la muerte,
clamó tu boca un día, soberbia del ideal.
No fué tuyo el destino de los demás humanos—
—Thanatos y el Olvido son logaritmos vanos—
El Verbo, la substancia del Dios, te hizo inmortal

Tomás Morales.

LIBROS DE FROYLAN TURCIOS	
editados en París	
<i>Cuentos del Amor y de la Muerte</i>	₡ 4.00
<i>El Vampiro</i> (novela)	3.00
<i>Páginas de Ayer</i>	3.00
<i>Flores de Almendra</i> (poesías)	3.00
En la LIBRERÍA ARIEL	

ALMA DE MUJER

Era una flor impura de la orgía por ávidos placeres ojerosa, que en su sed insaciable parecía un vampiro en la noche tenebrosa.

Inscribía en sus tétricos anales con cinismo procaz fechas y nombres, feliz cuando en las rojas bacanales bebiase la sangre de los hombres.

De cantáridas era su cilicio y se anegaba en el arroyo turbio; y pasó revolcándose en el vicio por los negros horrores del suburbio.

Ebria siempre de erótica locura consideró al Amor como un sarcasmo, y sólo se encendía su hermosura en las horas intensas del espasmo.

Fué un arpa vibradora de emociones ultra-sexuales. El encanto físico era lo que adoraba en los varones. Y esta mujer se enamoró de un físico.

De un miserable joven moribundo, de ojos tristes y paso claudicante. Y fué su amor purísimo y profundo, y fué una dulce, espiritual amante.

Expió su culpa y dominó al demonio de la Lujuria que la vida gasta. Adoró la virtud de San Antonio, transfigurada, luminosa y casta.

Y con el alma pudorosa y pia d el cuerpo fuerte, juvenil y sano, prodigó al desgraciado que moría la abnegada ternura de un hermano.

Y de su amor en fúnebre tributo consagró a un hospital su humilde suerte, vistió por el amado eterno luto y le fué siem pre leal hasta la muerte.

Froylán Turcios.

AMOR EXOTICO

Fragmentos de un capítulo de la novela inédita de este nombre

CAPITULO IX

Hazel Allen, a pesar de su aparente y locuaz frivolidad, sentía dentro del regío decorado de su palacio sumida entre cojines de damasco, en medio de camafeos, de ídolos, de figurinas antiguas y multitud de frivolidades de arte traídas de todos los países que ha-

bia visitado, en especial del misterioso Oriente, el más enervante e incomprensible fastidio. Mezcla de un padre energícamente práctico y de una madre inteligentísima e idealista, su hibridismo no era ese hibridismo anafrodita, sino, por el contrario, hibridismo activo, fecundo, luchador, adaptable a su medio. Consideraba que el dinero es útil en la vida, pero no era éste su único y primordial objetivo, como lo es en casi todos los adinerados. Fastidiada de no hacer nada, de no desear nada que no estuviera a su alcance, un día, sintiendo su cabeza llena de pensamientos que pugnaban por tomar forma tangible, sin saber a qué fuerza misteriosa obedecía, se puso a escribir, y escribió, escribió confiando al papel idilios... ¡idilios de una neófito! Ilusiones, padeceres imaginarios, ansias de algo que ella misma ignoraba, poniendo al descubierto su alma de artista revolucionaria, producto ancestral de quién sabe que antepasados rebeldes e indómitos. Las ideas de esta deliciosa planta de salón, abrumada con los homenajes de las más refinadas sociedades, en donde alternaba el elemento aristócrata, aparecían en el ameno y sugestivo engranaje de sus narraciones novelescas, nelamente democráticas.

Creía que todos estamos obligados a producir algo útil o agradable en bien de la colectividad humana, y que la mayor satisfacción que producen las riquezas al que las posee, es la de derramar beneficios sin dejar rastro... Que la limosna de cariño, de simpatía y de consuelo es, a veces, más necesaria y oportuna que la del dinero, porque es muy difícil darla con todo el corazón... Sin ser eremítica, muchas veces ansió esa paz isócrona de los que, sin haber encontrado terapéutica que cure las dolencias de su alma, han renunciado al mundo... Otras, quiso aspirar el perfume de las flores silvestres y, como una chicuela pueblerina, caminar por ignorados senderos, en las más apartadas sendas, ensuciando sus limpias sandalias con el polvo de todos los caminos. Bullía en su cerebro el anhelante desear de los saciados, de los que están hartos de ventura, invocando una espina que hiriera sus carnes vírgenes, que se prendiese en sus nervios casi anestesiados por el gozar de todos los placeres lícitamente mundanos.

Y he aquí que la espina fué hallada, y fué hallada tal vez en el preciso momento en que ya había olvidado, merced al afluir de la rica sangre en primavera, el doloroso mor-

bosismo de ciertas noches de vigiliadas desesperantes.

Y ahora la espina estaba allí, y si materialmente no rasgaba sus carnes, en cambio hacía sangrar su corazón torturado, voluptuosamente torturado en su incircunscripto amor.

¿Cómo se produjo el extraño, inesperado milagro? Ella no se dió cuenta exacta ni del día, ni del tiempo, ni del lugar, ni de la hora, y menos del minuto en que su alma se le fué, traicionada y rendida por el más veloz y desconcertante de los Cupidos... La revelación fué hecha bruscamente, repentinamente, cuando encontró al iniciador en el despacho de su padre, contestando una perfumada carta que procedía de manos femeninas... Y él, ni se sorprendió ni escondió la carta acusadora, ni le pidió explicaciones al verla retirarse sin decir una palabra, sin hacer un solo comentario... Sorprendida e irritada, quiso dudar, no rendirse a la realidad de tan mortificante revelación, hasta que en la noche, meditando en el descanso de su lecho, cansada de llamar en vano al ingrato Morfeo, se rindió a la evidencia. ¡La revelación estaba hecha, plenamente hecha! ¡El amor, el tirano amor, la había convertido en su esclava! ¡no podía, como muchas otras, en su mismo caso, cantar: ¡Aleluya!

Lucila Gamero de Medina.
(Hondureña).

Danli, Honduras, 1924.

LIBROS NUEVOS

Juan José Arévalo—La Pedagogía de la Personalidad ₡ 5.70

Moisés Vincenzi.—El Arte Moderno ₡ 2.00

LIBRERIA ARIEL

EMOCIONES ESTÉTICAS

XXIV. *En casa de Cicerón. Yugurta. Noche de Arte.*— Detúveme en la tarde en la puerta de la que fué casa de Cicerón, a poca distancia del Arco de Constantino. Sitio evocador del pretérito remotísimo, cuando el máximo varón dominaba la República y los plebeyos y los nobles le seguían, escoltándole por las calles.

Recordé su desastroso fin, sus manos lívidas clavadas en la tribuna por el feroz Antonio, su cabeza expuesta, en lúgubre si-

mulacro, a los sangrientos epigramas de sus enemigos. Y, también, las tremendas torturas con que la cruel Pomponia castigó al traidor Filólogo(*), quien devoró su propio cuerpo, después de sufrir los tormentos más infamantes.

—Llegué luego al lugar que ocupó el calabozo en que pereció de hambre el infeliz Yugurta, rey de Numidia, y en donde fueron ahorcados Léntulo, Cetegus, etc., que actuaron en la conjuración de Catilina. Mirase al descender del Capitolio hacia el Foro Romano, y se con truyó con el nombre de *Carcer Tullianum*, bajo el reinado de Tulio Hostilio.

—En la noche oí una erudita disertación sobre pintura en casa de mi amigo Mario Menotti, quien condujo después a sus oyentes al palacio de un príncipe, en donde nos hizo admirar cuatro espléndidos dibujos de Miguel Angel Buonarrotti, de Miguel Angel Caravachio, de Miguel Angel el de las batallas y de Miguel Angel el de las flores. Sí, espléndidos todos, pero ¡qué diferencias tan profundas entre los cuatro, sobre todo entre los primeros y los dos últimos!

XXV *Galería Doria Pamphili*.—Gratísimas horas pasadas hoy en la Galería Doria—Pamphili, Piazza del Collegio Romano número 1-A.

Al entrar dirigime directamente a la pequeña estancia que contiene, como extraordinario tesoro, el retrato del Pontífice Inocencio X (Giov. Battista Pamphili), la obra maestra de Velázquez, según el criterio de insignes maestros. Es impresionante por su potencia de verdad, por la intensa vida que se desborda de cada uno de los detalles y de toda la figura, que inmoviliza de asombro a quien la contempla. Doscientos ochenta y tres años pasaron sobre esa tela sin producirle el menor daño.

Pero declaro que me emocionó aún más el retrato de *Juana de Aragón*, de Leonardo de Vinci. Mágico lienzo de insuperable armonía, lleno de esplendor y de gracia. Las célebres manos, immortalizadas en legendarias crónicas, que como espléndidos lirios de alabastro han surgido de las estrofas de tantos ilustres poetas, muéstranse allí

en toda su maravillosa hermosura. Esas manos adorables y la magnificencia mórbida del pecho hacen pensar que bajo los negros terciopelos arde un cuerpo dos veces real.

La *Herodías* del Tiziano, con la cabeza del Bautista en los brazos, tan diferente en la expresión de las que antes conociera en tantos museos, es una de las telas más admiradas de esta famosa galería, rica en obras de Rafael, Rubens, Van Dyck, Rembrandt, Annibal y Ludovico Caracci, Quintin, Matsys, Ribera, Pousin, Garofalo, Salvador Rosa, Guido Reni, etc.

Las caras de los *Dos hipócritas* de Matsys—que tantas veces encontré, de carne y hueso, en mi ruta—obsesionan por la sutilísima ironía de la mirada y la sonrisa, alarde genial de maestría suprema.

Frovlán Turcios.

Roma, 1976.

PASCUA CRIOLLA EN 5 HAI-KAIS

EL TAMBOR.

Pellejo y pita: fragor.
Un granuja revoltoso
patalea entre el tambor.

MANZANILLA.

Auri-roja, como un ascua.
Su carne es fresca una noche:
su aroma, toda la pascua.

PIE DE GALLO.

Aleluya. Epifanía
Tengo cuarenta espolones
colorados de alegría.

EL PITO.

Gorgorito. Serenata.
Pito de agua haciendo gárgaras
en el buche de hojalata

LOS CHINCHINES.

Salta el silencio hecho astillas
que hay chinchines con catarro
estornudando semillas.

Flavio Herrera.

(*) Filólogo, liberto de Quinto, hermano de Cicerón, fue protegido por éste del cual llegó a ser discípulo y amigo. Cuando Popilio, otro que recibió importantes favores del insigne patricio, procedió a su captura, Filólogo le condujo por la senda en que iba el perseguido Antonio entregó al delator a la venganza de Pomponia mujer de Quinto.—F. T.

Todos los textos de ARIEL han sido escritos, seleccionados o extractados por su Director.

EN CUALQUIER PARTE

En cualquier parte
he de encontrarte
como te he hallado tantas veces;
no importa latitudes, mar o clima,
no importan inquietudes y reveses
ni el placer egoísta de la fortuna opima.

Allá donde el Destino
me fragüe una parada,
han de saber mis labios otra vez de tu vino
y temblará en mis noches tu carne perfumada.

Me dejarás un nombre
que no recuerda nada y lo recuerda todo:
tú la misma mujer, yo el mismo hombre,
¡y la vida que va del mismo modo!

En la playa distante,
en la ciudad inmensa...
en el poblado mínimo y primario...
Puntos no más donde el instante
acordará nuestra ansiedad intensa
ofreciéndonos todo el calendario.

Si ayer en el sonoro laberinto
de una urbe fatal
me diste con tus labios el absinto
y la funesta aspiración del mal;
mañana bajo un sol de llama viva,
bajo el sacudimiento azul del mar,
despojada de mi égida afflictiva,
lustral y blanca, a mí te has de acercar.

Los brazos de la Rosa de los Vientos
señala el lugar en donde estás:
crucifícanse en ellos todos mis pensamientos
por la inquietud de irme y no retornar más.

José Salomón Osorio.

MELUSINA

Hija de un rey de Albania que—según una leyenda francesa—transformaba en serpiente todos los sábados la parte inferior de su cuerpo. Casóse con el conde Raimundo, señor de Lusignán, con la condición de que no tratara de verla los sábados; pero como éste violase un día la promesa, Melusina se convirtió en serpiente y escapó por una ventana del castillo dando horribles gritos. Desde aquella fecha reaparece lanzando tremendos alaridos cada vez que va a morir un señor de Lusignán.

LA MUERTE DE MURGUER

—Me acuerdo—dice Maillard—de la penosa impresión que nos causó este pobre Murguer, a quien visitamos en una casa de salud. El doctor le decía:

—Estad tranquilo, combatiremos la enfermedad. Dentro de poco tiempo estaréis en la convalecencia.

—Es la convalecencia de la vida de lo que me habláis, ¿no es cierto?—repuso Murguer con triste sonrisa.

Esto ocurría un domingo en la mañana, y él murió a las diez y media de la noche del día siguiente, exclamando:

—¡Ah, pobre amigo mío! Estoy tan débil que una mosca me quitaría de en medio.

EL SUEÑO DE IBRAHIM

¡Oh misero Ibrahim!... Está soñando
junto al Bósforo azul con la cadina,
y las lágrimas corren
de sus muertas pupilas...

Pasan los caiques bajo el Cuerno de Oro,
y el muezzín melancólico suspira
las ardientes plegarias del Profeta
en lejana mezquita.

Gime el viento del sur en los cipreses
y del Asia Menor en las colinas.

Pero Ibrahim no ve, Ibrahim no siente
más que el dolor de su alma oscura y misera
desde la noche trágica,
desde el terrible día
en que el rojo puñal de los eunucos
abrasó para siempre sus pupilas...

Del alba hasta el crepúsculo
vaga Ibrahim, y los sollozos riman
el amargo poema
de su pena infinita.

Y los perros hambrientos de Scutari
le siguen en fatídica jauría.

Una noche de luna Ibrahim tuvo un sueño:
soñó que la cadina

que la rosa de Asia,
en sus brazos amantes se dormía,
y que Ibrahim besábala en los labios,
y en un camello rojo los dos iban
a las tierras lejanas del Profeta.

Era tan dulce el su ñ
que Ibrahim sonreía.

Unos árabes que iban a la Meca
vieron en el umbral de una mozquita
al misero Ibrahim, que estaba muerto.

Muerto de amor por la cadina.

Héctor Pedro Blomberg.

TELEGRAMA HISTORICO

Tegucigalpa, marzo 7 de 1885.

Al Presidente Barrios.

En estos momentos el Congreso de esta República proclama la Unión Centroamericana y se adhiere en todo a la proclamación de Guatemala. Adelante, pues. *Obras son amores y no buenas razones.*

Su afectísimo amigo.

Luis Bográn.

DE ROMA A LA PALESTINA

(Fragmentos de mi libro inédito *Luces de todos los Horizontes*).

(Continúa).

Betania (*Casa de Tristeza*), Beit-Hiné, palabras talmúdicas que equivalen a *Casa de las Datileras*, impresiona el ánimo con su miseria y desolación. Por entre los patios blanquecinos de sus sórdidas viviendas movíanse, como enjambres de hormigas, grupos de harapientos muchachos musulmanes, que asaltan a los viajeros con sus gritos y lamentos demandando una limosna.

Dejando atrás los escombros de la torre del rey Foulques llego al terreno en que estuvo el hogar de Simón el Leproso, en donde la Magdalena ungió con aromas los pies de Jesús.

Luego, volviendo sobre mis pasos, me detengo frente a la gruta en cuyo fondo se halla el sepulcro de Lázaro. Bajo las tres gradas y me encuentro en una pequeña cámara en completo abandono, rezumando humedad y cubierta de pedruscos y basuras.

De la casa de los tres hermanos, en que el Redentor fué siempre acogido con cariño, no queda ningún vestigio.

A pesar de la violencia del sol recorro de nuevo a pie los tres kilómetros que hay de Betania a Jerusalén. Me complace caminar despacio—sintiendo y meditando—por los senderos que cruzó tantas veces el Divino Maestro.

Entre los viñedos y olivares del Valle de Sorec está Ain Karem (San Juan de la Montaña), cuna del Bautista y patria de los inmortales cánticos evangélicos el *Magnificat* y el *Benedictus*.

La gruta en que nació el Precursor se ve en la iglesia de su nombre, cerca de la capi-

lla de Santa Isabel. Bájase a ella por siete grandes escalones de mármol. En sus paredes graníticas vense cinco bajorrelieves marmóreos historiando los hechos sobresalientes del profeta.

Atravesando el pueblo llego a la primera casa de Zacarías, en donde vivió la Virgen tres meses con su prima Isabel. Escucho la perenne música del manantial de diamantinas aguas, nacido—según la ingenua tradición popular—en el mismo sitio y en el mismo minuto del encuentro en el huerto de las santas mujeres.

Un día entero destino a recorrer el primer desierto de San Juan, desde la roca que le sirvió de asiento hasta la caverna en que dormía, y junto a la que corre el Ain el Habis, que refresca la calcinante atmósfera con límpido raudal.

De Jerusalén a Emaús hice el viaje pasando por los escombros de Beit Tulma antiguo Beitelamus—en donde nuestro guía nos muestra el punto en que Cleofás y su hijo Simeón se encontraron con Cristo resucitado, a quien no reconocieron sino después, por el peculiar movimiento de su diestra al partir el pan de la cena.

Marcho en seguida entre los restos de pueblos de remotísima antigüedad: Khirbet el Lozeh, Beit Surik, Biddu, Cubebe...

Señálanse aún los muros de la casa de Cleofás. En una de las capillas del templo consérvanse los restos de la marquesa Paulina de Nicolay, que abandonó para siempre su palacio de Francia impulsada por su piadoso anhelo de reconstruir, en su sitio primitivo, el santuario de Emaús.

De la azotea de la casa franciscana gózase de un espectáculo grandioso. En el horizonte aparece el mar. Clavadas en las rocas elevadísimas las ruinas de la ciudad gabaonita Kefireh (Chephira), sojuzgada en un tiempo por un rey babilónico. Luego Beit-Anán, Beit-Dakku, et Tireh, Beit Ur el Foka, Beitumia, Ramalah...

Ya en Nebi Samuil, a novecientos metros de altura, mírase el Mediterráneo, la cordillera de Moab, las cimas que ondulan desde Hebrón, Guaticín y el Monte Carmelo.

Al bajar de Jerusalén a Jericó detengo cada cien metros el automóvil para contemplar los aridísimos paisajes: en una altura Tulat et Dam (lugar de sangre), de que ha-

bla San Jerónimo; después las ruinas de Khan el Hadrur, el Khan del Buen Samaritano de la parábola evangélica, y veinte sitios de grandes recuerdos.

Junto a la fuente de Eliseo miro los escombros de la antigua Jericó cananea, la bella *Ciudad de las Palmeras*, rodeada de jardines de árboles balsámicos y cuyas murallas rodaron al estruendo de las trompetas sacerdotales; y luego, a la derecha de Uadí el-Kelt, las ruinas de la Jericó en que Jesús curó al ciego, hospedándose, la última vez que estuvo en ella, en casa de Zaqueo. La actual Jericó es una aldea o pequeño pueblo polvoriento y desagradable en la estación seca, famosa por sus naranjas exquisitas, punto de temporada en los crudos inviernos.

En extremo interesante es la excursión al Monte de la Cuarentena—Djebel-Karantal, en una de cuyas grutas Cristo practicó el ayuno de cuarenta días y fué tentado por el demonio.

Parece de plata reverberante este monte visto en un mediodía de verano. El convento griego, levantado en una altísima falda, muestra sus celdas como nidos de águilas abiertos en las rocas.

La subida hasta la cumbre en las horas de intenso calor, es muy fatigosa. Pero el panorama que desde ella se descubre es tan estupefaciente que no se olvida nunca.

Por el valle de Achor voy hacia el Jordán, pasando por Gálgala, sitio en que Dod mató al rey moabita Eglón, opresor de Israel: deteniéndome en la ribera izquierda del río sacro, a dos pasos del vado de Beth Hogla, en donde el Precursor bautizó a Jesús. Me sumergí en sus ondas y pasé dos horas en sus márgenes, a la fresca sombra de sus acacias, sauces, álamos y tamarindos. Sobre los bambús floridos—plantas acuáticas llamadas rosas del Jordán—posábanse innumerables pajarrillos de diversos colores y sonoro canto. Horas fugaces como las ilusiones y los sueños.

El Jordán es un río extraordinario, no sólo en el sentido religioso, sino también por las inmensas curvas que describe en su curso, triplicando su longitud, y por las singulares depresiones de su cauce. Al desprenderse del Grande Hermón, a quinientos treinta metros sobre el nivel del Mar Mediterráneo, cruza los lagos Huléh y de Tiberíades y se

pierde en el Mar Muerto, a cuatrocientos metros bajo el nivel ya citado.

"Este río sinuoso—dice Plinio—parece querer ofrecer a las riberas de ambos lados el tributo de sus aguas, cual si sintiera repugnancia en tener que ir a confundirlas con el fluido pestilente del lago Asfaltites."

EL MAR MUERTO.—...Calcinadas colinas ondulan como pardas serpientes a lo largo del horrendo paisaje. El sol es una acuca de oro y el cielo parece de metal fundido. Centelleos de infierno agitanse en el viento, que levanta nubes de arena fulmínea, dispersas luego en incesante lluvia de aspero rumor. Los ojos atormentados por el atroz panorama de fuego recorren las lejanías crueles y monótonas, ávidos de un fresco matiz o de un soplo balsámico.

¡Petrificada comarca, región proterva e invocadora de supremas desolaciones, de implacables dudas, de satánicas angustias!

...Un silencio de ultratumba impera en estos páramos de espanto. Ni un sonido, ni una brizna de yerba, ni una gota de agua. Apenas el revuelo de un cuervo famélico o la curva errante de un camello, borrándose y desapareciendo en la ruta caliginosa.

La luz solar, en su máxima potencia, evoca las incineraciones y los cauterios y las asfixias. Avánzase por las blancuras reverberantes como por una fúnebre tierra, rumbo a la barca de Caronte.

El alma está a punto de lanzar un grito de desesperación cuando aparece ante ella, como un vasto y cegador zafiro, con toda la intensidad de su pavorosa leyenda,

el mar siniestro,

el hórrido mar, bajo cuyas densas y amarguísimas ondas escóndese la llanura de pesadilla en que, en una época trágica de los quiméricos milenios, florecieron las cuatro ciudades malditas,

En la página anterior condensé mi emoción ante el mar sin fauna cuyas aguas tienen el sabor de la hiel. Yo las probé cuando me hundí en ellas. Son tan densas que con un ligero esfuerzo puede uno inmovilizarse indefinidamente sobre la superficie. Amargas y clarísimas, al revés de las del Jordán dulces y turbias,

Sus paisajes, encendidos aquel día en una atmósfera de 45° c., se grabaron en mi cerebro con una majestuosa grandeza. Mirad

hacia el sur del promontorio de el Lisán, donde quedaron sepultadas Sodoma, Gomorra, Adama y Seboim, las cuatro ciudades que cubrían el fértil Valle de Siddim o de los Bosques.

No sé por qué acudían persistentemente a mi memoria, como adaptándolas al estado de mi espíritu, estas palabras de Chateaubriand en la *Vida de Rancé*:

San Jerónimo, para ahogar en sudor sus pensamientos, transportaba sacos de arena a lo largo de las estepas del Mar Muerto. Yo he recorrido también aquellas estepas llevando auestas mi alma.

Froylán Turcios.

(Continuará).

TESTIGO DE SU PROPIO ENTIERRO

La primera tentativa de fraude, a base de seguros, fué tan original que vale la pena divulgarla: Mr. Brown, comerciante de un suburbio de Londres, se hizo extender por su médico el certificado de defunción, con el cual los deudos cobrarían el importe de su seguro. Todo hubiera salido bien, si no hubiese mediado el deseo irresistible de Mr. Brown de asistir a su propio entierro. Lo hizo bien disfrazado con peluca y barba postizas, quedando profundamente conmovido con el sermón del clérigo que realizó la dignidad y la moral del difunto. Todos los asistentes, frente a la tumba abierta, quedaron impresionados, menos uno, que era el acreedor del presunto muerto y que, por casualidad, se encontraba próximo a Brown. El acreedor dijo en voz baja a otro circunstante:

—Sin embargo, este Brown era un pillo

A lo que le contestó el interpelado protestando por la irreverencia. Se inició una discusión que degeneró en una pelea, en la que fué envuelto el mismo Brown, quien perdió en la batahola su barba, su peluca y también

su libertad, porque fué detenido por la policía, al lado mismo de su propio féretro lleno de piedras. El caso ocurrió hace más de doscientos años, en el curso de los cuales se han descubierto centenares de nuevas tentativas de enriquecerse a costa de las compañías de seguros.

GOETHE Y ESPINOZA

Una coincidencia secular hace que este mismo año se cumpla el primer centenario de la muerte de Goethe y el tercero del nacimiento de Spinoza. Bendita coincidencia, pues lleva nuestro pensamiento de hombres libres de la muerte de Goethe a la vida de Spinoza, dándole así, de entrada, una significación *sub-especie aeternitatis*.

Hay, naturalmente, entre Spinoza y Goethe muchas otras relaciones de vida y muerte. El mismo Goethe pensó sintetizarlas en un poema sobre Spinoza y el *Judío eterno*, según lo recuerda en *Dichtung und Wahrheit*.

Pero aunque no llegó a escribirlo, la vida totalizadora de Goethe, ¿no es, acaso, la realización más perfecta del poema de Spinoza? El mismo que hoy congrega a tantos europeos en torno de la tumba del altísimo poeta.

Waldo Frank, en su profundo *Redescubrimiento de América*, dice:

“La tradición del *européismo consciente* puede empezar a fecharse desde Goethe.”

Y luego, en la misma página:

“Goethe fué un gran discípulo de Spinoza; no ha habido un gran discípulo de Goethe.”

En efecto, a cien años de la muerte de Spinoza, el joven Goethe lo proclamaba su *Meister und Herr*. A cien años de la muerte de Goethe, Europa espera aún su discípulo *apasionado y decidido*, el profeta y el poeta de una nueva síntesis.

Ojalá la vieja Europa no tarde en descubrirlo y redescubrirse en él para común gloria de Goethe y Spinoza.

Enrique Espinoza.

MAXIMO GOMEZ EN HONDURAS

Tegucigalpa, febrero 13 de 1879.

En consideración a los méritos que por su honradez, valor y lealtad ha contraído en su carrera militar el General Don Máximo Gómez y atendiendo a las buenas disposiciones

Comprador de libros: antes de obtener una obra cerciórese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

que lo animan en favor de la República; por tanto, el Presidente.

ACUERDA:

Conferirle el grado de General de División del Ejército, y que, en consecuencia, por la Secretaría del Estado en el departamento de la Guerra, se le extienda el correspondiente despacho. Comuníquese y regístrese. Rubricado por el Señor Presidente.

Rosa.

Tegucigalpa, junio 2 de 1879.

Habiendo concedido licencia, por motivos de salud, al General José Antonio Ruiz, Comandante del puerto de Amapala, para que se traslade a esta capital; por tanto, el Presidente,

ACUERDA:

1º—Nombrar, interinamente, Comandante del puerto de Amapala, al General de División Don Máximo Gómez, quien, a su llegada al expresado puerto, se hará cargo de la Comandancia; y

2º—Conferir amplias facultades al General Gómez para que dicte las medidas que juzgue convenientes con respecto a la organización militar y seguridad del puerto de Amapala. Comuníquese y regístrese.

Rubricado por el Señor Presidente.

Rosa.

LA IMAGINACION POPULAR

Todos los grandes hombres de Estado de todas las edades y de todos los países, incluso los déspotas más absolutos, han considerado la imaginación, como la base de su poder, y nunca han intentado gobernar contra ella.—Haciéndome católico—decía Napoleón al Consejo de Estado—es como he terminado la guerra de la Vendée; haciéndome musulmán, me establecí en Egipto, y haciéndome ultramontano gané el clero de Italia, y si gobernase un pueblo judío, reedificaría el templo de Salomón. Nunca, tal vez, desde Alejandro y César ha sabido ningún gran hombre conocer tan perfectamente, cómo debe ser impresionada la imaginación de las muchedumbres. Su constante preocupación fué herirla siempre. Y en sus victorias, en sus arengas, en sus discursos y en todos sus actos contó siempre con ella.

Gustavo Le Bon.

LA ATMOSFERA

La atmósfera es el conjunto de la masa de aire que rodea la tierra. Puede dividirse en dos zonas: la Troposfera, o zona que se encuentra en contacto inmediato de la tierra, cuyo espesor es de una decena de kilómetros; la Estratosfera (del latín, *stratum*, que quiere decir, capa) o zona situada a una distancia bastante lejos de la tierra para que los gases estén en un reposo casi completo.”

RECORDANDO A MAX LINDER

Fué ciertamente una gran pena que Max Linder, al cortarse las venas hace siete años en aquel cuartito del Hotel Baltimore, cortara también su carrera de triunfos. ¿Que no habría podido hacer Max Linder en esta hora de 1932? Pero tenía la preocupación de su nombre, la neurastenia de su fama. Se quiso quedar, y por eso se quiso marchar, en pleno éxito, para que su nombre siguiera iluminando a su patria. Y al morir tuvo aún un gesto de humor. De humor macabro, eso sí. Se suicidó el día de difuntos. Las dependencias del Hotel Baltimore los encontraron a él y a su mujer muertos en la cama. A primera vista dormidos. Y era tal su deseo de no escapar a la muerte, que fueron a su encuentro por caminos dobles: las venas de los brazos aparecían cortadas, y a los pies de la cama los frascos de veneno vacíos eran como un contra-seguro de la muerte.

Pero ni la muerte había podido borrar de su rostro su mueca eterna de *gentleman* sonriente. Estaba allí, en la cama, con la media sonrisa un poco marchita y con su cara un poco más pálida que de ordinario. Nada más. Se comprende que la había acogido sin vacilaciones, serena, casi friamente. Tenía sus motivos para ello, porque a lo largo de su vida se la había tropezado muchas veces: en la guerra, herido; en nuestro circo de Price, al saltar del escenario a un palco; en Viena impresionando *Domador por amor*, cuando un león le clavó las garras; en Berlín, con un automóvil. Y no era su primer intento de suicidio, sino el segundo. El primero, en el que, como en el definitivo, lo acompañaba su mujer, fué descubierto a tiempo por la servidumbre del hotel y pudo impedirse. Pero él lo había decidido y buscaba obstinadamente su fin. La muerte lo había respetado muchas veces, como si fuera una más de sus admiradoras. Pero su insistencia pudo más que la muerte.»

NOTAS CENTROAMERICANAS

I. Nombres caricaturescos de las cinco repúblicas de Centro América: Guatemala, *Chapín*; El Salvador, *Guanacia*; Honduras *Catrabesía*; Nicaragua, *Pinolandia*; Costa Rica, *Tiquicia*. (Guatemalteco, *chapín*; salvadoreño, *guinaco*; hondureño, *catracho*; nicaragüense, *pinolero*; costarricense, *tico*).

II. *Coquimbos*. Nombre que se dió a los unionistas después del fusilamiento del general Morazán, por haber regresado a la patria a bordo de un buque llamado *Coquimbo*. *Timbucú*. conservador.

III. Alvaro Contreras, hondureño, el máximo orador que ha producido la tierra centroamericana, fué amigo de Rafael Núñez y de Juan Montalvo. Contreras murió el 9 de octubre de 1882, en San Salvador, a los cuarenta y tres años de edad.

IV. Cuando el rey de España levó las cuentas relativas a la construcción del castillo de Omoa; se asomó a uno de los balcones del palacio real de Madrid para divisar desde allí la que había de ser mole gigantesca, según era su costo.

V. Constantinopla y Centro América son las más interesantes y bellas porciones del globo; pero da lástima que estén en las pocas manos: en las de los turcos y de los centroamericanos.—*Napoleón III*.

VI. Decía Gorki que en este bajo mundo sólo hay dos modos de acabar: muriéndose o quemándose. Zelaya optó por aquéllo; Bismarck por éste.—*Salvador Mendieta*

VII. El caso de Honduras es típico en Centro América y quizá en toda la Hispania: siendo la menos religiosa de las naciones centroamericanas es la más moralizada de todas.—*Salvador Mendieta*.

Sección para los niños costarricenses

I

LA MADRE Y EL HIJO LADRON

Una mujer tenía un hijo que, siendo aún muy pequeño, empezó en la escuela a apoderarse de cuantos objetos encontraba al alcance de sus manos.

A medida que el muchacho iba creciendo, los robos que efectuaba iban siendo también más importantes; pero su madre no le reprendía nunca.

Al fin fué preso y condenado a muerte. Y

cuando era conducido al suplicio, rogó a los guardias que le custodiaban que le permitieran despedirse de su madre, que iba detrás de él llorando.

Concedida la autorización necesaria, acercóse el joven a su madre; pero en vez de abrazarla y consolarla, le dió un mordisco y le arranco una oreja.

Al recriminarle los circunstancias, repuso el joven:

—Esta mujer es la causante de que yo sea conducido ahora al suplicio, por no haberme castigado cuando cometí el primer robo.

Los hijos que no son corregidos en la infancia por faltas leves pasan después a cometer graves delitos.

II

EL LEON Y LA ZORRA

Por no tomarse la molestia de ir de caza, se fingió enfermo el león, para que se le mandara «comer» a todos los animales que fueran a visitarlo. Con tal engano entraban muchos en su cueva y los devoraba. Llegó también la zorra; pero no quiso entrar sino que desde fuera le preguntó: «¿cómo seguía de su enfermedad?». El león, en vez de responder a su pregunta, la interrogó:

—¿Por que no entra? —Desconfías de mí. ¿No ves que estoy muriéndome y apenas puedo tenerme de debilidad? No temas, entra sin recelo.

A lo que repuso la zorra

—Ya me guardaré de hacerlo, porque veo las pisadas de los que han entrado pero no las de los que debieran haber salido.

No debemos fiarnos del primero que nos habla, y hay que ir con cautela en todo cuanto nos digan gentes de mala intención, porque sus palabras y consejos, en vez de beneficiarnos, obedecen al propósito de abusar de nuestra credulidad.

Esopo.

MISCELANEA INTERESANTE

I

—¿Quieres ser mi mujer, Mabel? — decía un niño a una niña.

—Sí—contestó Mabel, sin pararse a pensarlo.

—Pues entonces, quitame las botas.

II

Acuérdate de esto: en tiempos no remoto

tú y él moriréis. Poco después vuestros nombres no sobrevivirán.—*Marco Aurelio.*

(Nos parece mejor esta forma:—Acuérdate de esto: pronto él y tú moriréis. Y después nadie se acordará de vosotros).

III

Mejor es la cuerda que el tálamo repugnante de un esposo.—(Voto de las sacerdotisas vírgenes de la Diosa del monte Dictæo).

IV

Cuando murió el abuelo de Percy Bisshe Shelley se encontró en el interior del sofá en que acostumbraba sentarse y entre las hojas del corto número de libros que poseía diez mil libras en billetes.—*Dr. Cabanés.*

V

Leopoldo Matos se ha tenido siempre por uno de los más expertos grafólogos españoles y a menudo envía a sus amigos lo que él llama *ficha grafológica individual.*

Una señora, amiga de la familia de Matos, le rogó un día que examinara un cuaderno escolar de un hijo suyo, para que le hiciera la *ficha.*

Accedió Matos y examinó minuciosamente el cuaderno, y cuando terminó la dijo:

—Señora, debo decirle la verdad. Se trata de un muchacho vulgar. Talento obtuso. Hombre sin porvenir. Está clarísimamente indicado por esas planas.

Sonrió la dama, dió las gracias, y, al retirarse, dijo sencillamente a Matos:

—¿Sabe usted de quién es el cuaderno que acaba de examinar? De usted mismo cuando entró en el colegio...—*Alfredo Antigüedad.*

EVOCANDO A MATA-HARI

El comandante Ladoux, que ejerció el cargo de jefe de los Servicios franceses de espionaje y contraespionaje durante la Gran Guerra, a las órdenes del general Joffre, ha publicado el último volumen de sus *Memoorias* sobre la guerra secreta que él dirigía. Los

Emitiremos un breve juicio sobre los libros que nos remitan sus autores o las casas editoriales.

periódicos publican algunos capítulos.

Mata Hari le había propuesto convertirse en amante del kronprinz, para servir bien a Francia. Ladoux cuenta en su libro que le replicó así:

—Escucha bien, Mata Hari. Estoy seguro de que eres un agente de Alemania. Con esa proposición, o quieres engañar a Francia o a los alemanes. Te gusta mucho el juego, ¿verdad? Pues bien: esta noche te juegas la vida. Conque a jugar: ¿Encarnado o negro? Encarnado somos nosotros. Negro, Alemania. Juega.

—Juego—replicó serenamente—. Encarnado.

Cuenta Ladoux que él quiso que Mata Hari se dirigiera a Alemania pasando por España, donde el servicio de espionaje francés estaba bien organizado, y ello le permitía observar a la bailarina. La advirtió de que, a partir de aquel momento, entraba en los dominios del *servicio secreto*, y que él no ignoraría nada de cuanto hiciera.

Cuando el *Inteligente Service* inglés, más avisado, detuvo en alta mar a Mata Hari, que viajaba en un barco holandés hacia España, bajo el control del Servicio francés, la bailarina dijo que viajaba al servicio de Francia. El *Intelligence Service* telegrafió a Ladoux, que contestó secamente: *Dejen pasar a Mata Hari a España.* De esta manera, al pisar España, la bailarina, si iba efectivamente a traicionar a Francia, se pondría en contacto con el espionaje alemán en España, quien a su vez lanzaría radios a Koenigwusterhausen. El resultado no tardó en presentarse.

Diez días después de su llegada a España, interceptaba la torre Eiffel (ya prevenida) este radio del embajador de Alemania en Madrid al Cuartel general alemán:

“El agente H. 21 acaba de llegar a Madrid. Ha conseguido ser contratado por el Servicio francés. Pide dinero e instrucciones. Me ha dado datos sobre el emplazamiento de los siguientes regimientos (aquí una enumeración bastante exacta de la situación de las fuerzas francesas). Me dice que X (su nombre de Estado francés) está en relaciones de estrecha simpatía con una princesa extranjera.”

Cuarenta y ocho horas más tarde, el Cuartel general telegrafió por T. S. H. el siguiente despacho, que Ladoux pudo interceptar por la torre Eiffel:

—Digan agente H. 21 vuelva a Francia proseguir labor. Recibirá cheque 5.000 francos, firmado Kraener, sobre Comptoir Escompte.”

—Mata Hari—dice Ladoux—había jugado negro, no encarnado, y perdió.

Durante una declaración en un Consejo de guerra, Mata Hari y Ladoux mantuvieron una conversación dramática. La bailarina estaba segura de ser fusilada, y pidió clemencia a Ladoux. Este le replicó que solamente diciéndole toda la verdad a él conseguiría acaso salvarla. Mata Hari contestó:

—Capitán—dame tu palabra de honor de que si te digo la verdad me salvarás.

—Esa palabra, sólo el juez puede darla,

Mata Hari. ¿Quieres que se lo pregunte?

—Sí.

El juez se negó a dar su palabra de salvar a la bailarina, y ella, con una gran entereza, se limitó a pedir un vaso de agua y a afirmar:

—Está bien No diré nada.

IMPRESIONES DE YANQUILANDIA

I. Cuando estuve en Norte América leí un anuncio que decía:

Dentista: dientes de platino que servirán hasta para el infierno, donde serán incandescentes.

II. Lleváronme a un salón de baile, donde vi el único sistema racional de crítica de Arte. Encima del piano aparecía impreso el siguiente aviso:

Se ruega al público que no tire sobre el pianista, que lo hace lo mejor que puede.

La mortalidad en el gremio de pianistas es asombrosa en aquel lugar. Luego me invitaron a cenar, y una vez que acepté tuve que descender a una mina, en una arresa muy estrecha, en la cual era casi imposible acomodarse. Llegado al corazón de la montaña sirvieron la cena. El primer plato fué whisky, el segundo whisky y el tercero... whisky.

Me trasladé al teatro para dar una conferencia y me notificaron que precisamente poco antes de mi llegada habían sido detenidos dos individuos por haber cometido un asesi-

nato, llevados al escenario del mismo teatro, juzgados y ejecutados en una sala rebosante.

III. Entre los pobladores de más edad del Sur observé una tendencia melancólica para situar todos los acontecimientos importantes antes de la guerra de secesión.

—¡Qué hermosa luna la de esta noche!—dije una vez a un caballero que estaba junto a mí.

—Sí—me contestó—: ¡pero tenía usted que haberla visto antes de la guerra!

IV. Encontré la ciencia y el arte tan desconocidos al oeste de las Montañas Rocosas que un aficionado a la escultura, que había sido minero en su juventud, entabló un pleito por daños y perjuicios contra la Compañía de Ferrocarriles porque la reproducción en yeso de la Venus de Milo, que había hecho traer desde bastante lejos, le fué entregada sin brazos. Y lo más asombroso es que ganó el pleito.

V. Desde Salt Lake City se viaja por las grandes llanuras de Colorado y se sube a las Montañas Rocosas, en cuya cumbre está Leadville, la ciudad más rica del mundo. Tiene asimismo fama de ser la más peligrosa y todos sus habitantes usan revólver. Me habían dicho que si iba a ella me matarían o matarían a mi director de tournée. Escribí diciéndoles que nada de lo que pudieran hacer a mi director de tournée me intimidaría. La población está compuesta de mineros y de hombres que trabajan en las fundiciones; por eso les hablé de la ética del Arte. Les leí trozos escogidos de la autobiografía de Benvenuto Cellini y parecieron encantados. Me reprobaron que no le hubiese llevado allí conmigo. Les expliqué que había muerto hacía algún tiempo, lo cual hizo que me preguntasen:

—¿Y quién le pegó el tiro?

Oscar Wilde.

A...

Al ver el vivo flamear de tus ojos hechiceros, me dan ganas de gritar: ¡Qué idiotas son los solteros! Más después, apesarado, al que esos ojos ha creado digo, lleno de fervor:

—¡Consérvala en ese estado mientras enviudo, Señor!

Aquileo J. Echeverría.

VOCABULARIO FILOSOFICO

Metempsicosis.—Doctrina pitagórica. llamada también *transmigración de las almas*, según la cual el alma, después de la muerte, pasa a animar un nuevo cuerpo.

Monografía.—El objeto de una ciencia es abstracto, el de una monografía es concreto. Se da a menudo el nombre de ciencia a conjuntos de conocimientos que son en realidad monografías. Así la antropología es la monografía de la especie humana, y contiene conocimientos tomados de las ciencias más diversas.

Nirvana.—Para los budistas el *nirvana*, el aniquilamiento de la existencia personal, es decir no la destrucción del ser, sino la destrucción del yo, es el soberano bien y la suprema recompensa de la virtud. La muerte no destruye el yo, y no es sino el tránsito hacia otra existencia personal: el yo no puede ser destruído más que por sí mismo. La personalidad se abisma y funde en la existencia universal por un acto de renunciamiento, de sacrificio absoluto.

Trivium.—Las siete artes liberales estaban divididas en la Edad Media en grupos: el *trivium* y el *cuadrivium*. El *trivium* comprendía la gramática, la retórica y la lógica.

Edmond Goblot.

UN MAGNIFICO CALENDARIO

El famoso astrónomo Punk era muy aficionado a caminar a pie. Un día, haciendo una larga excursión, entró a una posada para descansar.

Cuando se disponía a reanudar su caminata, el posadero le aconsejó que no saliera.

—Señor—le dijo—, no se marche usted, porque va a llover mucho dentro de poco.

—Se equivoca usted—respondió el astrónomo—. Yo le aseguro que no lloverá.

Y se marchó.

Minutos después empezó a llover a cántaros.

Calado hasta los huesos, volvió el sabio a

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERIA ARIEL**. Frente a la capilla del Seminario.

la posada y un poco amoscado dijo al posadero:

—¡Vaya! ¡Vaya! Tenía usted razón. Pero dígame: ¿cómo sabía usted, cómo estaba tan seguro de que iba a llover de tal modo esta tarde?

—Pues muy sencillamente—respondió el posadero, que no conocía al astrónomo—. Aquí tengo un calendario del sabio Punk. Siempre pasa lo contrario de lo que él dice. ¡Y como hoy anunciaba buen tiempo!

• Alfredo Antiguada.

EL MIEDO

I. En la última gran guerra abundaron los episodios provocados por el pánico, ya individual, ya colectivo. Recordamos uno verdaderamente trágico y singular. De una trincherita francesa habían salido para un servicio de reconocimiento varios soldados; al frente de la patrulla iba uno de ellos, quizás el más animoso. En cierto momento el *poilu* que iba al frente, se irguió para iniciar con el ejemplo a sus compañeros para el avance. Había sorprendido a un puesto enemigo. De pronto se oyó el silbido de una granada. Un casco de ésta decapitó al referido soldado. Su cuerpo, sin cabeza, continuó caminando algunos segundos.

Esta escena trágica produjo tal horror entre sus camaradas, que dos de ellos se volvieron locos.

II. En Cardena los campesinos son muy aficionados a la caza de águilas. En 1839, tres hermanos habían descubierto un nido de dichas aves en Domus Novas. Se echó a suerte quién debía ir a cazar las águilas. Al que le tocó ir, provisto de un sable y atado a una cuerda, se descolgó por un precipicio donde el nido estaba. Contenia éste cuatro aguiluchos. Se apoderó de ellos y cuando ascendía llevando su presa, se presentaron de improviso el macho y la hembra. Defendiéndose con el sable, el campesino logró poner en fuga a sus atacantes; pero ¡ah horror!, cuando, alzó la vista para ver si sus hermanos estaban en lo alto del precipicio, observó que la cuerda que lo sostenía estaba rota, sosteniéndose apenas por un delgado hilo. Quiere gritar y no puede. Sus ojos, espantados, casi le saltan de las órbitas. A pesar de su pavor gatea y al fin llega al borde del precipicio sano y salvo; pero su cabello, negro como el ébano, se ha

ha vuelto tan blanco que sus hermanos no lo reconocían.

—III. Suceso verdaderamente trágico es el siguiente. Atravesando un bosque un alsaciano fué fulminado por un rayo. El cuerpo inánime del desgraciado quedó intacto. Más tarde pasó por allí un convecino del fulminado. Este llamó a su conterráneo, y al extender la mano por la espalda vió horrorizado que aquel hombre se convertía en un montón de ceniza. El miedo del que vió tal suceso fué tanto que cayó víctima de una apoplejía.

ES TERRIBLE SABER DE TODO

—¡Oh! Entonces usted, ¿será mi vecino durante la cena, doctor?

—Uno de sus vecinos, señora.

—Encantada. Desde hace mucho tiempo yo he estado charlando sobre temas interesantes.

—También yo me siento halagado, señora.

—Quisiera que me contestara a mis preguntas... ¿No lo aburriré, doctor?

—Para ser franco, señora...

—Primeramente, mi insomnio... ¿Usted recuerda mi insomnio? ¿Pero usted como la sopa?

—¿Y por qué no?

—Pero, doctor! ¿Usted ha perdido la razón? Nada en el mundo es peor que este torrente de líquido en el comienzo de una comida...

—¡Santo cielo, señora!

—No coma más, se lo ruego, doctor... Estudiemos el menú juntos... Salmón... El pescado contiene proteínas... Los pollos también son muy buenos. Mire, nos abasteceremos de vitaminas A comiendo manzanas; de vitaminas C con frutas... De vitaminas B... no. Es muy fastidioso. ¿No lo cree usted, doctor?

—Me adapto a las circunstancias.

—Dígame, doctor: ¿cuántas calorías diarias necesita una mujer que, como yo, lleva una vida activa?

—No lo sé exactamente, señora. Además no tiene importancia.

—¿Qué quiere decir con eso, doctor? ¿No tiene importancia! Sería lo mismo decir que el carbón no significa nada para la locomotora, o la nafta para el automóvil... Para mi modo de vivir, necesito diariamente

3.000 calorías, en caso contrario perjudico mi salud...

—¿Las cuenta usted?

—¡Sí, las cuento! ¿Usted se burla de mí, doctor? No me separo de mi pequeña cartillita... (Abre su cartera)... Mire... Jamón. 1.475 calorías por libra... Pollo. 1.025... Leche...

—Estupendo, señora. Pero, ¿sabe usted cuánto pesa este ala de pollo?

—Cuando como en casa, doctor, peso todos mis alimentos... Cuando como afuera me veo obligado a calcular a ojo. (Lanzando un grito): ¡Oh, doctor!

—¿Qué pasa, señora?

—¡Doctor, usted mezcla las proteínas con los carbohidratos! ¡Por favor, no prosiga!

—Es absurdo, señora: como lo que colocan en mi plato.

—Doctor, es usted un profano... No hablará con usted. (En tono más bajo). ¿Quién es el caballero sentado a mi lado? Conozco su nombre, aunque no puedo individualizarlo.

—Es un miembro del Ministerio de Finanzas.

—¡Realmente! ¡Qué individuo más interesante!

—Se vuelve, entusiasmada, hacia la derecha.

—¿Qué tal el presupuesto? ¿Ya logró equilibrarlo?

—Señora, tenga piedad de mí... Vengo de una reunión donde he hablado del presupuesto durante 12 horas interminables... Abrogaba esperanzas de que cesaran las hostilidades.

—¿Cómo?... Le garantizaremos paz y quietud, cuando lleve nuestros asuntos a la normalidad... ¡Y esto sería tan simple!

—¿Le parece simple, señora?

—Infantil... Su presupuesto asciende a

Toda la correspondencia, revistas, libros, folletos, periódicos, etc., destinados a la revista ARIEL, deberán venir con esta dirección:

A R I E L

Apartado 1622.

San José de Costa Rica,
América Central.

50.000.000.000 de francos. ¿No es así?

—Aproximadamente.

—Muy bien... Con reducirlo en un 20 por ciento...

Detrás de la mujer que sabe, el doctor y el hombre de las finanzas intercambian miradas de comprensión mutua y desesperada.

André Maurois.

UN VIAJE COMICO-DRAMATICO

I. Uno de los viajes más pintorescos que hice de la capital a Juticalpa, en los meses de vacaciones, fué aquel en que tuve por compañeros a don Pablo Ayes (p), ya mayor de sesenta años, y a Guillermo Osorio, joven vivaz y guasón, que veía la vida por su lado risueno.

En Río Abajo fué la primera estación para limpiarse la garganta con dos tragos blancos de la mejor caña y llenar de lo mismo dos viejas cantimploras panzudas. Comenzaron entonces a charlar sin descanso y a reírse a carcajadas por cualquier simpleza, felices de ir por aquellas cuestas pedregosas en sus mansas bestias deteniéndose metódicamente cada hora para repetir la dosis del veneno diabólico.

Por exceso en sus gracejadas metiéronse en un diálogo violento que estuvo a punto de concluir a puñetazos; pero mi cordial intervención calmó sus imperus, reconciliándose con un fuerte abrazo, tan estrecho y aparatoso que ambos vinieron a tierra rodando por el polvo. Más pronto levantáronse, sacudiéndose mutuamente; y el más fuerte ayudó al otro a recuperar su posición en su montura.

En Guaimaca pernoctamos en la casa del maestro de escuela, buen hombre descalzo y con corbata, quien nos atendió con su mejor voluntad. Y allí comenzaron los extraordinarios sucesos de esta narración. Pues a medianoche oímos en la vecindad unos gritos estridentes y angustiosos que a los tres nos alarmaron.

Conserve todos los números de ARIEL, pues con los doce de cada 6 meses puede Ud. ir empastando volúmenes importantes de textos que no perderán nunca su interés.

—Están degollando un chancho— exclamó don Pablo, incorporándose en el pizarrón en que reposaba.

—Más parece el aullido de un coyote— dije yo, no del todo despierto.

—¡Nada de eso!—gritó Guillermo, saltando de la hamaca. Yo soy médico, es decir, medio médico, porque gané dos cursos de medicina, y sé de lo que se trata. Nada de cerdos, ni coyotes, ni gatos en salmuera. El escándalo es de una mujer en los retortijones del parto. Y mi deber es auxiliarla.

—¡Hum!—murmuró don Pablo. Este no es medio médico sino medio loco o loca y medio...

Y ambos celebraron la chanza con una doble gárgara.

Viéndole dispuesto a partir nos ofrecimos para ayudarle. Rechazó a don Pablo porque le temblaban las manos, y yo le acompañé.

II. Pronto dimos con la casa, que tenía por el interior la puerta entornada. Saltamos el cerco del patio, penetrando en una habitación rústica, en que hombres y mujeres iban de un lado para otro en continuo sobresalto, y que apenas se fijaron en nosotros.

—Se muere Paulina — gemía la comadrona, preparando una cataplasma.

Otra mujer lloraba en un extremo de la cama, en que se debatía paraleando una fornida moza, deshecha en sollozos y lamentos.

—Soy médico y vengo a asistir a la enferma—vociferó Guillermo levantando los brazos. Acerquen las luces para que pueda examinarla.

Y luego añadió con voz imperativa:

—¡Sujétenla! El caso es grave. El niño seguramente viene en mala posición y hay que extraerlo para evitar una desgracia.

Y arremangóse como para entrar en combate... La parturienta multiplicaba sus alaridos, inmovilizada por los puños de sus familiares.

La difícil faena terminó con el mejor éxito. Ahora la muchacha descansaba en un desmayo y a sus terribles gritos sucedían los chillidos de rata del crío.

—Este sí que canta como una grillera — exclamó Guillermo, limpiándose las manos en el pañolón de una vieja.

Y a los acordes de aquella música abandonamos el sitio entre las bendiciones de la selecta concurrencia.

II. En la madrugada íbamos ya en camino: los dos compadres adelante, recetándose

continuamos apertas, y yo, que odiaba a muerte el guaro y sus afines, un poco atrás con el estómago vacío.

Comimos yucas asadas y chicharrones calientes en un rancho, más allá de las llanuras, antes de la cuesta de El Salto, y a mediodía atravesamos Campamento, deteniéndonos en el paso de El Guayape a las tres de la tarde. Y allí fueron nuestros apuros. Porque el río estaba por los montes, crecido hasta parecer un mar, y arrastrando árboles y animales muertos. Y, para mayor dificultad, se venía sobre nosotros uno de esos formidables aguaceros en que todo se vuelve ruido, sombra y desconcierto. Mojados y taciturnos tuvimos que retroceder en silencio hasta La Lima, en donde nos refugiamos en una casuca con techo de paja. Colgamos adentro nuestros húmedas hamacas y dando las buenas noches al dueño, que se estiraba en un tapasco, nos sumergimos en profundo letargo. Por excepción no hubo bromas ni risotadas entre mis alegres compañeros, en quienes el más lúgubre mal humor había hecho presa.

La tempestad arreciaba por instantes: los truenos hacían retemblar la mísera vivienda y por entre las anchas aberturas de las paredes penetraba la luz de los relámpagos. Caía el agua a torrentes, y el huracán, aullando en los pinares, azotaba con tal fuerza la choza, que empezábamos a temer una catástrofe. Grosos goterones caían sobre nosotros y los ruidos de las maderas volvíanse cada vez más alarmantes.

El hombre del tapasco, asustado, rezaba en voz alta.

—Esta es nuestra última noche, Froylanito—tartamudeaba don Pablo.

Guillermo interrumpía sus ronquidos para maldecir su suerte.

—Venirse ahora el fin del mundo con este diluvio—decía—cuando mañana, siete de diciembre, víspera de la función, tengo una cita, a las doce de la noche, en un solar, con una guapísima trigueña, en Juticalpa...

—Con el diablo más apestoso y cornudo que a ser tu cita—replicábale don Pablo, lanzando un lúgubre quejido.

Súbitamente se desprendió una pared, y el vendaval, penetrando con toda su violencia, hizo bambolear el rancho.

—¡A! se gran p...! —gritó Guillermo, dando un salto de acróbata y corriendo ha-

cia el monte, en donde va don Pablo le esperaba con las alforjas en la mano.

Les seguí en el acto con tal suerte, que en el minuto mismo en que ponía el pie fuera, la casuca se vino abajo con grandísimo estruendo. A duras penas pudo salir su dueño de entre los escombros, con dos heridas en la cabeza y un brazo quebrado.

Cuatro horas permanecimos en la obscuridad bajo aquel espantoso chubasco, metidos en el fango y calados hasta los huesos.

III. Al fin tomamos la resolución de intentar el paso del río, que hallamos, como era natural, aun más crecido que el día anterior. El canoero se negó a transportarnos, rehusando veinte pesos que le ofrecimos. Todos los platanales de las riberas veíanse inundados y la creciente continuaba descendiendo por los sitios llanos con sordo rumor.

A las cinco la intensidad de la tormenta había pasado. Sólo quedaba una lluvia menuda. El sol iba apareciendo y ocultándose entre plomizos nubarrones y todo parecía envuelto en una densa penumbra.

Inmóviles sobre nuestras cabalgaduras mirábamos indecisos un grupo de hombres que, cojidos de las manos, lanzábanse al agua. Entre ellos veíase una mujer, sostenida de los sobacos por dos gañanes.

—¡Adentro, pues! — exclamó de súbito Guillermo, acordándose de su cita y apeándose de la mula.

—Nos vamos a ahogar—replicó don Pablo. ¡Pero qué se ha de hacer!

Y se bajó a su vez.

Yo vacilaba, seguro de morir en aquella aventura. Pero oyendo las risas de la campesina entre los nadadores y mirando a mis amigos precipitarse en la corriente, pensé en mis anteriores proezas en aquel mismo río y en el mismo caballo, y quitándome rápidamente la ropa, me lancé a mi vez en las amarillentas aguas.

¿Cuánto tiempo fui arrastrado con furiosa rapidez? A larga distancia miraba las cabezas de mis compañeros y apenas oía sus gritos.

De improviso sentí, como a veinte metros de la margen deseada, que el animal tocaba tierra, ya con las ancas descubiertas. Creí que el río era de poca profundidad de allí hasta la salida y me deslicé de la montura. Caminé, arreando el caballo y con el agua hasta el pecho, un corto trayecto, para hundir-

me de pronto en un lodazal movedizo del que con violentos esfuerzos pude salir. Caí de nuevo, volviendo con dificultad a la superficie. Y luchando de este modo se me fueron los pies en una especie de tremedal más profundo, del que ya no puede librarme...

...Recobré el conocimiento bajo el ramaje de una ceiba, con la ayuda de Guillermo, que me sacó del río casi ahogado.

Perdí en el trance la ropa y todo cuanto llevaba encima. Llegué desnudo a El Rincón, en donde tuve que guardar cama sin estar enfermo, mientras la noble señorita Francisca Zelaya me preparaba una chaqueta y unos pantalones con los que, en la noche siguiente, llegué a Juticalpa.

Froylán Turcios.

Marzo de 1938.

EL PADRE NUESTRO

He aquí la oración más sencilla y santa que ha brotado del corazón humano. Esa plegaria fué dicha por Jesús en aquel lenguaje simbólico que los siglos han recogido como la más elevada enseñanza divina.

Padre Nuestro que estás en los Cielos: santificado sea Tu Nombre. ¿Pero dónde están los Cielos para que llegue nuestra plegaria hasta el mismo Dios?

Para nosotros los Cielos están en todas partes porque Dios es infinito. No están más allá del hondo firmamento: están aquí muy cerca de nosotros y sentimos que esos cielos donde está Dios somos nosotros mismos con nuestras ansias eternas.

Donde hay un resplandor de belleza, allí está el cielo con su divina gracia que nos protege y nos torna como una nota de amor en el ritmo de la oración.

Santificado sea Tu Nombre: venga a Nos Tu Reino. Bendito Reino en verdad donde sentimos el aliento de Dios por todas partes, y nos lleva de la mano abriéndonos paso por las tinieblas del mundo.

Hágase, Señor, Tu Voluntad. Postrados de hinojos recibimos el mandato de la Volun-

tad divina. Todos nuestros actos y pensamientos no nos pertenecen. La Voluntad de Dios es infinita en todos los reinos de la creación.

Hágase, Señor Tu Voluntad: así en la tierra como en el cielo.

Cada vez que viene a nuestros labios el Padre Nuestro y repetimos esa santa plegaria, confundiendo nuestro espíritu y fecundando el corazón con el más profundo amor para todos los seres, donde Dios nos abraza y nos ampara, huyen las tinieblas y nuestra frente se ilumina con el resplandor de aquella Voluntad infinita.

Bendito seas, Dios Mío, que nos dejaste esa Puerta de Oro para llegar a los Cielos.

Timoteo Miralda.

San Francisco de California, Febrero 19 de 1938.

PESO ANCESTRAL

Tú me dijiste: no lloró mi padre.
Tu me dijiste: no lloró mi abuelo.
No han llorado los hombres de mi raza:
eran de acero.

Así diciendo te brotó una lágrima
y me cayó en la boca... Más veneno
yo no he bebido nunca en otro vaso
así pequeño.

Débil mujer, pobre mujer que entiende,
olor de siglos conocí al beberlo.
¡Oh, el alma mía soporraz no puede
todo su peso!

Alfonsina Storni.

EL TONTO

Viajaba Castelar por Italia y visitó una residencia de padres jesuitas, célebre por su estilo arquitectónico y por la sabiduría de sus moradores.

Al llegar al huerto de la casa vió allí a un pobre lego que era ocioso, y admirado el insigne tribuno de que pudiera convivir un tonto con hombres tan inteligentes, exclamó:

—Es raro que lo tengan ustedes aquí. No dará de fijo mucho lustre a la comunidad este desgraciado.

Poco después sentábase Castelar a la mesa de los jesuitas. La comida fué admirable. Buen gastrónomo como era don Emilio la saboreó con deleite. Pero lo que más le sa-

La LIBRERÍA ARIEL remitirá inmediatamente los libros que se le soliciten de las provincias o repúblicas vecinas, previo el envío de su valor y el del porte postal.

fino fué un melón extraordinario que le sirvieron de postre.

Lo paladeó Castelar, le tributó mil elogios, y al fin preguntó:

—¿Son de ustedes estos melones o los traen de afuera?

—No,—respondió sonriente uno de los padres: Nacen y se cuidan aquí. ¿Y sabe usted, don Emilio, quién es el hortelano que tiene a su cargo el melonar? Ese melón que tanto le gusta se desarrolló bajo el cuidado de uno de nuestros legos... del tonto.

Arturo García Carratta.

JUICIOS

Sábado, 31 de julio de 1880.—Antes de salir de París leí *Indiana* de Jorge Sand, y os aseguro que no es una obra divertida. No habiendo leído más que *Petit Fadette*, dos o tres novelas más e *Indiana*, quizá no debiera emitir ningún juicio; pero, hasta ahora, no me gusta nada.

Sin embargo, como todo el mundo ha proclamado a voces el talento de esta escritora... El caso es que a mí no me gusta.

Es como las Vírgenes de Rafael. Lo que he visto en el Louvre me disgusta. Vi lo de Italia antes de poder juzgarlo, y lo que vi entonces me disgustó igualmente. Eso no es divino ni terreno; me parece convencional y acartonado.

Madrid, domingo, 2 de octubre.—Creemos haber estado soñando, después de salir de esta infamia sangrienta. ¡Corridas de toros! Abominable carnicería de rocines y de toros, en la que los hombres no parecen correr ningún peligro y en la que desempeñan un papel innoble. Los únicos instantes interesantes para mí han sido los de ver a los hombres rodar por el suelo. Uno de ellos ha sido pisoteado por el toro. Ha constituido un verdadero milagro que haya salido ileso. También se le ha hecho una buena ovación.

Se arrojan cigarrillos puros y se tiran los sombreros con mucha destreza. Y los pañuelos se agitan y se exhalan aullidos salvajes.

María Bashkirtseff.

MEDITACIONES

—La verdadera universidad de nuestros tiempos es una colección de libros.— *Carlyle*.

—La lectura es la comida de las almas.— *San Basilio*.

—Si tuviera la mano llena de verdades, lo pensaría más de una vez antes de abrirla.— *Fontenelle*.

—La celebridad consiste en ser conocido por aquellos a quienes no se conoce.— *Chamfort*.

—Si es necesario cometer una injusticia para que el universo no se trastorne, deja que el universo se trastorne.— *José Félix de Restrepo*. (Palabras que pronunció en el momento de morir).

—De todas las ruinas del mundo la del hombre es la más triste de contemplar.

—Quien infama a un hombre de valía merece que las gentes le huyan y no le escuchen y le desprecien.— *Dante Alighieri*.

—El espíritu interno conserva un vago y obscuro recuerdo del anterior estado de bienaventuranza de que gozaba en otro tiempo y anhela instintivamente volver a él.— *Platón*.

—La religión es la actitud del hombre respecto de Dios.— *Merejkowsky*.

—El hombre vive después de muerto y todas sus obras con él viven.

—Prepárate un hermosa tumba y piensa en ella en todos los instantes de tu vida, pues ignoras aquel en que llegará la muerte.”

LOS DOS MICHAUX

—*Andrés Michaux*. Viajero y botánico francés (1746-1802). Después de largos viajes, naufragó al regresar a Francia, perdiendo sus colecciones y fortuna.

—*Francisco Andrés Michaux*. Botánico francés (1770-1855), hijo del anterior, íntimo amigo de Fulton, con quien hizo un viaje en el *Clermont*, uno de los primeros barcos movidos a vapor. Mandó a Francia doscientos cincuenta mil vástagos de diferentes especies arbóreas.

NOMBRES MITOLOGICOS

Memmón. Héroe de la mitología griega, cuya estatua en Tebas cuando la iluminaba el sol, dejaba oír sonidos armoniosos.

Ménade. Cada una de ciertas sacerdotisas de Baco, que, en la celebración de los misterios, daban muestras de un extraño frenesí.

Memmónida. Cada una de las aves famosas que, según la fábula, iban desde Egipto a Troya, al sepulcro de Memmón, volaban alrededor de él, y al tercer día combatían entre sí, hiriéndose unas a otras.

Mercurio. Es el Hermes de los griegos.

**CUATRO PALABRAS AUDACES
PONEN FIN A UNA FIESTA
PALACIEGA**

Aquel día hallábase el presidente Sierra en una de las raras fechas felices de su calendario. Por unanimidad, y entre manifestaciones estruendosas, pasó en el Congreso no recuerdo qué iniciativa suya que juzgaba de gran trascendencia en el futuro del país. Para celebrar el acontecimiento invitó a los diputados y a algunos de sus amigos a tomar con él y sus ministros una copa de champaña.

En el pasillo que servía de comedor a la familia presidencial reinaba el más desbordante entusiasmo. La servidumbre iba de un lado para otro con bandejas de aceitunas, frutas frescas, galletas, sandwiches, copas de coñac cinco estrellas, y toda clase de exquisitos vinos: porto, vermouth, jerez, moscatel. Las risas y las conversaciones formaban un sordo rumor de colmena.

De pronto callaron todos, pues comenzaba a circular el champaña. De pie, de frac y con una copa en la mano, Sierra pronunció un corto brindis patriótico, que al punto fué contestado por varios palaciegos con frases de la más espesa adulación. Ibase ya por la tercera ronda, y nadie pensaba en discursos, cuando alguien golpeó la mesa, reclamando silencio...

Era el talentoso licenciado Manuel Membreño, quien, con impasible dureza de expresión en el semblante, y con voz aguda y un tanto agresiva, dijo más o menos lo siguiente:

—General Sierra:—Estamos festejando aquí una de las innúmeras farsas con que el Poder Público procura engañar al pueblo. Somos todos actores en un sainete ridículo que

alguna vez debiera avergonzarnos. Ni usted ni los diputados que servilmente curvan el miedo en su presencia el espínazo, ni ningún hondureño creen que se realizará lo que decretó el Congreso por orden suya. Juro que no lo creen, como yo no lo creo; y, sin embargo todos nos prestamos a tomar un papel en esta comedia grotesca. Usted está acostumbrado a la frase melosa de los turiferarios, y, por lo mismo, mis francas palabras deben estar resonando en sus oídos como la expresión de la más audaz intemperancia o como las desacomodadas vociferaciones de un demente. Pero es preciso que las oiga entre la consternación de los presilánimes y el secreto aplauso de los hombres íntegros, para que usted no se imagine que todo el pueblo hondureño es una manada de asnos rebuznando al compás de los embustes oficiales.

Un rayo cayendo sobre la regocijada concurrencia no habría producido la sorpresa y el espanto que causaron aquellas inesperadas expresiones. Todos miráronse con las caras abargadas, concentrando después su atención en el gobernante. Este hallábase como el que ha recibido un balazo y no sabe en qué sitio. Sus amarillentos ojos movíanse rápidamente como los del tigre próximo a saltar. Así pasó medio minuto en que no se oyó ni el vuelo de una mosca. Ni por un millón de dólares habría ninguno querido estar en la piel del licenciado Membreño.

—Vea, pariente,—exclamó al fin el temible jefe con voz resonante, rompiendo el dramático silencio—usted mismo lo ha dicho: es irresponsable de las graves ofensas que gratuitamente ha proferido contra mí. Por su boca habló algún malévolo espíritu que el demonio del alcohol puso en su lengua. Rotundamente se equivoca al juzgar farsantes a los ciudadanos que con la mayor energía trabajamos por el progreso y la gloria de Honduras. Usted no es más que un...

En ese instante se sintió cariñosamente cogido por un brazo. Su hija Brigida, enterada por algún amigo de lo que pasaba, le habló en voz baja... Tras de una corta vacilación, dejando la copa intacta sobre la mesa, hizo un saludo y desapareció por la puerta que se abría a sus espaldas.

Cada cual buscó su sombrero, y entre el ruido de los que se marchaban, oyóse un grito del presidente:

—¡Detengan en la guardia al señor Membreño!

A R I E L

Aparecerá cada quince días en cuadernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale \$ 1.50

Número del día 0.60

Número atrasado 0.70

En Honduras y demás países de Centro América y en el exterior la serie de 3 números vale treinticinco centavos oro o su equivalente en moneda nacional.

A éste se le habían evaporado los traidores tragos y pálido y nervioso explicaba su actitud a los que partían. Al oír aquella orden acentóse a mí—y aunque no nos hablábamos hacía muchos años, por motivos que no es del caso explicar—, me pidió que interviniera en su favor. Así lo hice en el acto con doña Carmen, quien me facultó para que dijera al jefe de la guardia que le dejara salir.

Entre tanto Sierra, aunque calmado con amenas pláticas de sus más íntimos cortesanos, y con fricciones de agua de Colonia en la cabeza, paseábase en camisa con el puro en la boca, bufando a lo largo de la estancia.

Froylán Turcios.

Marzo de 1938.

LO QUE ES UN MARISCAL

Oficial preeminente en la antigua milicia, inferior a Condestable.—En Francia se da el nombre de *Mariscal* a los capitanes generales. *Mariscal de Campo* es General de División, inmediatamente inferior en el grado y funciones al Teniente General.

BAZAINE

Otro de los grandes hombres de la historia de Francia, a quien se le atribuía *jeftatura*, fué el Mariscal Bazaine.

—*Bazaine*—*escribe M. Deligne—dejó las huellas de su mala sombra por todos los lugares por donde pasó, desde su juventud hasta su muerte.*

Entre los grandes fracasos de Bazaine, el escritor francés menciona la expedición a México, citando, además, el hecho de que en las dos casas que habitó el mariscal a su regreso de la expedición a territorio mexicano, se registraron hondas tragedias a fines del siglo pasado.

SIN PREPARACION

En una de las terrazas del castillo de Ouchy, donde se celebra la Conferencia de Lausana, hay una placa de mármol que recuerda que Byron escribió allí, en junio de 1816, su *Prisionero de Chillón*.

Herriot, que es un literato al cual la política no ha impedido seguir escribiendo, no se olvidó de ir a ver la placa. A los periodistas que lo acompañaban les confesó el presidente del Consejo francés:

—Perdonen Uds., pero no he preparado ninguna frase histórica para esta circunstancia.

RECORDANDO A LAFCADIO HEARN

Siempre guardaré una viva reminiscencia del espectáculo que presencié por la noche la primera vez que estuve hospedado en casa de Lafcadio Hearn. Yo acostumbraba a velar, y aquella noche me puse a leer en el lecho. El reloj sonó la una de la mañana, y aun seguía encendida la luz del estudio de Lafcadio. Oí una tos ronca y lenta. Temeroso de que mi amigo se hubiera puesto enfermo, salté de la cama y me dirigí a su habitación. Para no estorbarle, si estaba trabajando, abrí la puerta con gran cuidado, y observé a Hearn que trataba de escribir sobre un alto pupitre, con la nariz casi pegada al papel. Una después de otra, fué llenando varias hojas. Levanté un momento la cabeza y... ¡lo que vi entonces! ¡No era el Lafcadio que yo conocía, era otro Lafcadio! Su faz estaba misteriosamente blanca y su gran ojo relampagueaba. Pareciera como si estuviera en contacto con alguna aparición sobrenatural. Dentro de aquel hombre, de aspecto vulgarote y zafio, ardía algo tan puro como un fuego vestal, y en su llama se albergaba un espíritu que hizo salir vida y poesía de entre las cenizas y que abarcó los más excelsos temas del pensamiento humano.

Nobushige Amenomazi.

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos que extractamos para ARIEL, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos irroga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

PALABRAS DE MONTALVO EN SU LECHO DE MUERTE

Si algo lloro, son los mejores años de mi vida, pasados en una ciega esperanza de regeneración social; si algo me pesa, es mi lucha por hacer grandes a los hombres, esos hombres tan viles y tan egoístas...! Si algo me consuela de mis dolores pasados, es la esperanza de vivir en el olvido y la creencia de que me dejarán morir en paz!

EL AREOPAGO

El Areópago debía remontarse a una gran antigüedad. Según una leyenda, fué establecido para juzgar una acción realizada por Arés, quien había dado muerte al hijo de Poseidón por haber violado éste a una hija de aquél. Arés fué absuelto por los doce dioses que constituían el tribunal: desde entonces la palabra Areópago significa colina de Arés. Otra leyenda afirma que la primera causa que hubo de juzgar fué la de Procis, muerta involuntariamente por su esposo Céfalos, yendo de caza. Esta leyenda y la del matricida Orestes harían remontar la institución del Areópago a la época del matriarcado.

El Areópago dictaba sus sentencias en las tinieblas, lo mismo que el tribunal correspondiente: es porque Themis, la diosa emblemática de la Justicia, tiene los ojos vendados. Los atenienses pretendían que este simbolismo recordaba que el Areópago había sido instituido en substitución de las Erinnias, hijas de la noche que, según Homero, vivían en las tinieblas del Erebo. El Areópago y el tribunal egipcio no admitían abogados: el mismo culpable debía guardar silencio. Estos dos tribunales, sustituyendo a las familias de la víctima y del ofensor, tampoco juzgaban: su misión se limitaba a descubrir al culpable y a hacer entrega del mismo a la familia del ofendido.

Pablo Lafargue.

NOTAS

—Esperamos que nuestros agentes de Honduras nos hagan el favor de remitirnos juntos, sin demora, los productos de las cuatro primeras series de *Ariel* que necesitamos para el pago de sus ediciones. Si se les dificulta el envío directo de esos fondos, pueden remitirlos al Profesor Carlos Alberto Pineda, residente en San Pedro Sula.

Con excepción de nuestros buenos agentes de Amapala, San Pedro Sula, Puerto Cortés, Puerto Castilla, Lima Nueva, Victoria (Yoro), Santa Rosa de Copán, Juticalpa, Tegucigalpa, Catacamas, Danlí, Siguatepeque, Sabanagrande y Salamá, hasta la fecha nada hemos recibido de las otras agencias.

—En lo sucesivo nos veremos obligados a retirar nuestro canje a las publicaciones que reproduzcan los textos de *Ariel* sin indicar su procedencia.

AGENTES DE ARIEL EN
HONDURAS

Tegucigalpa, Ingeniero Fernando Pineda Ugarte.—San Pedro Sula, Profesor Carlos Alberto Pineda.—Amapala, Señorita Amalia Jesse.—Puerto Cortés, don Angel del Castillo.—Juticalpa, doña Cayo de Cáliz Canelas.—La Ceiba, Lcdo. Simón Reyes Jácome.—Danlí, doña Lucila Gamero de Medina.—Sanja Rosa Copán, don Domingo Robles Mejía.—Tela, Lic. Edgardo Becerra.—Puerto Castilla, general Rosendo López h.—Marcala, doña Petrona de Melghem.—Catacamas, Coronel Félix M. Reyes.—Progreso, don Antonio L. Rodríguez.—Lima Nueva, Profesor José Ramón Aguilar.—Olancho, don Mauricio Ramírez.—Salamá, señorita Emma Zelaya.—Tocoa, general Ciferino Delgado.—Trinidad (Santa Bárbara), Lcdo. Leonidas Fajardo.—Cedros, Dr. Martín M. Agüero.—Siguatepeque, don Pedro Cubas Turcios.—Sabanagrande, don Mitry Simhan.—Victoria (Yoro), don Guillermo Oviedo Cubas.—Sonaguera, don Cencilio Guerrero h.—San Francisco de la Paz, doña Melecia v. de Escobar.—Soloma, don José María Espinoza.—Santa Rita de Yoro, don J. Ramón Salgado R.—AGENTES DESDE LA 3a. SERIE: Rotán, don Enrique Peña.—Yoro, don Francisco Abufele.—Chamelecón, don José Sarmiento.—San Lorenzo, don Clemente Mendoza.—Macuelizo, Dr. Manuel F. Rodríguez.—Santa Cruz de Yojoa, Dr. Juan Fernando López.—Choloma, Profesor Pompilio Soto.—Colinas, don Daniel Paz Z.—Potrerillos (Cortés), don Felipe Ferrera.—Esquíes, don Carlos Zepeda.—Valle de Angeles don Salomón Díaz R.—San José de Copán, don Adán Cuéllar.—Texíguat, don Rodrigo S. Escoto.—Jutiapa, don Manuel Tejada.—Talanca, don Francisco Rivera A.—San Nicolás (Santa Bárbara), don Pedro Amaya.—San Buenaventura, don Carlos Barahona.—Ateniza, don Amado Sandoval.—Quimistán, don Manuel Ortega.—Nueva Pimienta, don Roberto Tróchez B.—Apacilagua, don Dionisio Aguilera.—AGENTES DESDE LA CUARTA SERIE:—Choluteca, general Rubén N. Romero.—Nacaome, don Julio César Vijil.—Yuscarán, General Rosalvo Benítez.—San Marcos de Colón, don Rosendo Molina.—Villanueva, don Ismael Ramírez.